

Casi treinta años de vivencias sevillanas lleva en su cuerpo y en su espíritu Morales Padrón, y en el decurso de estos años intensos y vividos ha dado a la bibliografía hispalense interesantes estudios, libros, conferencias y artículos periodísticos que avaloran su ya abundante caudal bibliográfico. Morales Padrón, exegeta del más puro sevillanismo, así lo definimos hace ya tiempo, vuelve a preocuparse por su ciudad de adopción y con claro sentido crítico nos presenta esa *Visión de Sevilla*, que es un itinerante pasear, un lírico divagar insomne, unas precisiones vivenciales, una *visión* personal de la *Ciudad de la gracia*.

En el *Prólogo del libro* —a nuestro juicio lo mejor de él— deja Morales Padrón una sincera y verídica teoría del más puro sevillanismo, comparable con la que Gustavo Adolfo Bécquer dejara en sus desgarradoras crónicas periodísticas.

De cinco bien estructurados capítulos —«Sevilla, puerto, puerta y feria de América», «Sevilla hace cien años», «Triana ayer y hoy», «La Semana Santa de Sevilla vista por los extranjeros» y «San Bartolomé, un barrio olvidado»— consta el apasionante libro de Morales Padrón, en los que campea ese carácter personal e itinerante, esas intuiciones agudas, ese saber ver y comprender las características sociológicas de una difícil ciudad y, sobre todo, el dato histórico, curioso y ameno, sin rigor científico ni profesoral, que hacen a la obra amena, asequible y fácil de leer.

En *Visión de Sevilla* refleja su autor esa Sevilla que se ha ido, esa Sevilla de antaño, apasionada de ensueños y emociones, de recuerdos y realidades; esa Sevilla, *puerta y puerto de las Indias*, al decir de Lope de Vega y que cambió las directrices de la monarquía hispana; esa Sevilla decimonónica, con sus cafés, sus tertulias literarias, la Sevilla bulliciosa y callejera, la Sevilla de *La Gloriosa* y del desdichado Amadeo I, la Sevilla de la prensa diaria, en donde el autor nos ha dejado una clara visión de la primera República... En fin, la Sevilla íntegra, la sevilla arrabalera con sus importantes barrios, el alfarero de Triana y el *olvidado* de San Bartolomé, parte de la antigua Judería.

Estos capítulos llevan la marcada nostalgia no de una Sevilla viva (como en el caso de Santiago Montoto), sino de una Sevilla, cercana en el tiempo, que fue gran ciudad, metrópoli del Sur y capital de Andalucía, *Atenas Española*, y que hoy, desgraciadamente, es como una urbe más, una ciudad moderna, *ciudad en el tiempo y en las circunstancias*, con todos los defectos y virtudes de las ciudades contemporáneas; esa Sevilla que se ha ido, «personificación del silencio, la elegancia y el señorío», al decir de Azorín, es la que Mo-

rales Padrón ha reflejado magníficamente en su *Visión de Sevilla*; libro que va ricamente avalorado con una serie de interesantes y complementarios grabados unos, pertenecientes al alemán Jorge Hoëfnagel, otros, a las raras litografías del álbum de Santigosa, y los más a las preciosas acuarelas y acertados dibujos de los más afamados pintores de la Escuela Pictórica Sevillana, desde Joaquín Bécquer, tío del poeta, hasta el costumbrista García y Rodríguez, pasando por Esquivel, Manuel Obiols, G. Vivian o Díaz Huertas.—
DANIEL PINEDA NOVO (Cervantes, 29, CORIA DEL RIO, Sevilla).

NOTAS MARGINALES DE LECTURA

ERNESTO SABATO: *Antología*. Colección Narradores de nuestro tiempo. Librería del Colegio, Buenos Aires, 1975.

En más de una ocasión se ha dicho lo difícil que resulta el trabajo antológico; su incapacidad para dar la verdadera dimensión de lo que se desea abarcar, contando para ello con tan sólo una mínima parte de lo que es una totalidad expresiva. Muy pocas son las antologías que dejan tranquilos a *moros y a cristianos*. Y esto cuando nos estamos refiriendo a antologías poéticas. En el caso que ahora nos ocupa el hecho puede ser aún más conflictivo, pues se trata de sintetizar el amplio espectro creador de un narrador, el cual, amén de su obra novelística, cuenta con una serie de preocupaciones humanísticas que le han llevado a la publicación de obras de marcado contorno filosófico que han involucrado en su contenido muchas de las concepciones que su autor tiene del mundo que le rodea. Esto, como es de esperar, ha contribuido en no poca medida a tejer en torno, no solamente a estos libros, sino a toda una obra y una personalidad humana, una actitud de la cual no se encuentra lejos la incomprensión y la carencia de una lucidez propicia al entendimiento de una de las obras más valiosas dentro del mundo narrativo de los últimos cincuenta años en Sudamérica. ¡Qué duda cabe! Estamos refiriéndonos al argentino Ernesto Sábato.

Estamos ante un libro a todas luces interesante, tanto por su contenido como por la tarea impuesta: resumir en una visión unitaria la obra de Ernesto Sábato. Esta labor habría quedado incompleta de no haber tenido en consideración el acabado y profundo estudio preli-

minar—rico en aportes esclarecedores—que de la obra de Sábato nos entrega, como exordio antológico, Z. Nelly Martínez, a quien también debemos la selección de los textos.

Una mención de su contenido nos permitirá valorar el alcance de este libro. Fuera del trabajo introductorio de Nelly Martínez, titulado «Introducción a su novelística, que, como hemos manifestado, es de un indudable valor y en torno al cual valdría la pena aclarar que es uno de los más importantes existentes hasta la fecha sobre la obra y el pensamiento de Ernesto Sábato, el volumen cuenta con un cuerpo de antecedentes biográficos y una bibliografía básica. Esto conforma la primera parte del libro. Su segunda parte se encuentra destinada a la antología sabatiana propiamente tal. Aquí se recogen textos correspondientes a sus novelas y ensayos, de acuerdo al siguiente orden: De *Abaddón, el exterminador*; de *El túnel*, de *Sobre héroes y tumbas*. Esto en cuanto a su obra novelística. De su obra filosófica se consignan partes importantes de *Nueva literatura y revolución*, *Más sobre las misiones trascendentes de la novela*, *Marxismo y existencialismo* y *¿Cómo reconstruir al hombre argentino?*

No cabe duda del acierto logrado por el director de la «Colección Narradores de nuestro mundo», Enrique Pezzoni, al dar cuerpo a este libro, que contribuye de una forma real al conocimiento de la obra de Sábato, ampliando su radio de apreciación, ya que este libro abre las puertas de un más profundo contacto con ella.—G. P.

BRAULIO ARENAS: *Berenice: la idea fija*. Monte Avila Editores. Venezuela, Caracas, 1975.

Creemos que cualquier referencia que se quisiera hacer al movimiento surrealista y su repercusión en los países sudamericanos sería desde todo punto incompleta si en ella no se considerara el nombre del chileno Braulio Arenas. Nacido el año 1913, en la ciudad norteña de La Serena, emigrará a Santiago, y hacia 1938, en compañía de Teófilo Cid, Enrique Gómez Correa, Jorge Cáceres y otros poetas forma parte integral del grupo «Mandrágora».

El estudio de la obra de los componentes de este grupo es, sin lugar a dudas, uno de esos hitos que aún quedan por hacer. La falta de éste nos impedirá siempre la perfecta valoración del hecho literario y su desarrollo histórico dentro de la literatura de un continente. Los estudios existentes hasta el momento podríamos decir que no pasan de ser, con poquísimas excepciones, apuntes monográficos aparecidos en revistas o publicaciones de carácter esporádico.

Falta la acabada valoración de su influencia, presente en casi toda creación literaria de un dilatado período de la literatura chilena.

La obra de Braulio Arenas, en la que se inserta la que ahora reseñamos, se encuentra dominada por la poesía en su mayor parte. Podríamos decir, sin error, que la poesía cruza como una realidad inalterable todos sus libros, aun los de prosa, como éste, *Berenice: la idea fija*, en que la expresión poética es el trasfondo sobre el que se entreteje el relato de unos acontecimientos múltiples en sus vertientes. La relación de los hechos es un fluir en que la imaginación juega su papel de sueño o su revés, el de la realidad recreada.

Difícil es en esta novela saber en qué límite de la realidad se mueve esta figura femenina que cruza fugitiva que es Berenice. La atmósfera que la envuelve es cambiante, pero no cambiante en su zona más próxima a la realidad sino en esa otra, en aquella que se debe al hecho onírico que se nutre a sí mismo por medio de una imaginación liberada, o mejor dicho, liberadora. Berenice y el mundo que la rodea podrían ser definidos como la más clara voluntad de crear el hecho literario hasta en sus aspectos más ocultos, «un ejercicio de invención», sí, pero dotado de una capacidad de transmutación y proyección emocional. No es el frío hacer que impulsa lo que se ha llamado la novela río, en la que solamente cuenta la yuxtaposición de imágenes. En *Berenice: la idea fija*, existe una voluntad por devolvernos a un más profundo significado de los hechos, reales o soñados.

Se podría decir mucho sobre esta novela de Braulio Arenas, tanto por lo que encierra como encuentros expresivos, como por su valor indicador de un período literario de indudable importancia en las letras sudamericanas.—G. P.

VARIOS AUTORES: *Poetas africanos contemporáneos*. Biblioteca Júcar. Ediciones Júcar. Madrid, 1975.

Descontando la obra del poeta senegalés, Leopold Sédar Senghor, es más bien reducido, por no decir nulo, el conocimiento que se tiene entre nosotros y en general en el mundo europeo de la actual poesía africana. Los hechos que pueden haber contribuido a este desconocimiento son varios. No faltan los que lo atribuyen al desinterés por parte de las naciones colonizadoras en el aspecto creador de los pueblos que componen ese amplio y múltiple mosaico que es África.